

Creo que las preguntas que voy a plantear e intentar resolver son aquellas que apuntan al núcleo del problema de la información sobre el dolor. Tal vez pueda parecer un tanto pretencioso resolver esta cuestión dentro de los límites de una comunicación – que siempre tiene un carácter particular y concreto – ; la definición y la discusión sobre los principios debería tratarse más bien en el marco de una ponencia o de una conferencia plenaria. Pero si consigo aportar algo a la formulación de los términos en que se plantea el debate, esta incorrección formal quedará justificada.

Una primera pregunta es esta: ¿es necesaria una información sobre el dolor?; o con más precisión, ¿para qué es necesaria? Contestar a tal pregunta equivale a superar el reproche de que este tipo de información sólo se dirige a explotar el deseo de morbo del destinatario, de que se trata, sin más, de un nuevo tipo de sensacionalismo con fines comerciales.

La pregunta acerca de la necesidad nos remite al modo en el que el hombre se hace cargo de los acontecimientos, a la manera en la que apprehende una verdad informativa. Cuando se nos informa de un acontecimiento catastrófico – una guerra, un terremoto, el hambre, una epidemia – fácilmente captamos el concepto que se nos transmite: ya sabemos lo que es una guerra, una epidemia o un terremoto "en términos generales". Lo mismo podríamos afirmar de desastres de menor escala: un asesinato, una violación, etc. Pero este saber no quiere decir que nos hayamos hecho cargo de lo que "supone" esa catástrofe, ya que muchas veces nos es muy difícil "imaginar" el "alcance real" de ese acontecimiento. Las expresiones entrecomilladas, de uso tan común, esconden perspectivas sorprendentes.

Conocer algo "en términos generales" equivale a conocerlo según una verdad común, participada por todos, aplicable a muchos supuestos (se trata de una guerra más entre tantas, etc.). Esta generalidad, por ser una abstracción del caso concreto, provoca una "distracción" en el receptor, quien se verá empujado – por el modo genérico de transmisión – a desentenderse de ese problema, a contemplarlo desde fuera, como un caso más entre tantos. El saber genérico no compromete al receptor: esa guerra no es su problema. No importa que se hayan dado a conocer con exactitud los datos del acontecimiento – número de muertos, o de niños desahuciados, o de violaciones – : siempre los datos son genéricos, se trata de un "número" de casos de muerte, violación, etc. Ante unas cifras exorbitadas, uno puede incluso estremecerse; pero este estremecimiento no le afectará "en directo", sino relativamente, por comparación con otros datos: son muchos muertos para un terremoto, o es una guerra demasiado sangrienta para un país tan pequeño, o son muchos muertos, pero no para la población que tiene China.

¿Qué es lo que sucede aquí? Simplemente que la imaginación humana no funciona sólo con datos; es más, que a la imaginación le cuesta mucho hacerse cargo de simples datos, no acaba de comprender la magnitud de la desgracia. Porque la imaginación – y el conocimiento humano es radicalmente imaginativo – sólo comprende casos concretos, desgracias concretas, dolores concretos. No es suficiente el concepto general junto a los datos cuantitativos del caso, sino que el receptor necesita experimentar la hondura del problema, para luego ser capaz de juzgar sobre su magnitud. El hombre necesita ver este

sufrimiento concreto, porque de otra manera se convertiría para él en un dolor impersonal, sin rostro y sin lágrimas. El "alcance real" de una tragedia sólo se puede juzgar desde una sintonía con ese dolor, desde un saber práctico sobre él. El reproche "si supieras tú lo que es pasar por esto" es plenamente válido. Este saber práctico, cuando uno "no ha pasado por eso", se alcanza aproximativamente a través de las imágenes; con éstas, la imaginación puede hacerse cargo de lo que eso es, de su alcance real, de lo que las simples cifras "suponen", de lo que se esconde detrás de las palabras.

Sólo a partir de una experiencia imaginativa-existencial puede el hombre hacerse cargo de las tragedias humanas, intuir sus proporciones reales. Y, a la vez, puede sentirse identificado con ellas, le afectan en su propia sensibilidad, se produce una simpatía o compasión reveladora y comprometedora; sólo así comprende lo que les pasa a esos desconocidos, entiende eso que ellos sienten – su dolor – : es lo mismo que sentiría él, el modo en que reaccionaría ante esa desgracia o esa injusticia.

Es decir, el verdadero conocimiento sólo se activa en la presencia de un dolor concreto, personalizado. Este fenómeno lo comprobamos también a la hora de leer o contemplar historias, en la literatura o el cine. La "suerte" o el "destino" del protagonista es lo que verdaderamente nos "interesa", constituye lo esencial, la sustancia misma de los relatos; sería absurda una historia sin protagonista. Al hombre no le interesa conocer un caso de miedo, o de pasión, o de sufrimiento, etc. ; sino a una persona con miedo, pasión o dolor (cómo reacciona él ante el miedo, por qué hace esto o lo otro): es decir, el espectador contempla un caso, pero un caso que se le presenta como "irrepetible", personal.

No se puede deducir de un concepto de "miedo" o "pasión" o "dolor" la reacción de un personaje, que siempre será una reacción única; y sólo en esa "reacción única" se puede reconocer lo que sea el "miedo" o el "dolor", y a la vez se reconocerá esa reacción como una de las posibilidades humanas ante el miedo o el dolor. Sólo en el personaje concreto se reconoce al hombre. Por eso las teorías no sólo son aburridas, sino que también son menos claras. Sólo el hombre concreto es el campo de expresión de lo que significa el ser humano; no existe "el hombre", sino cada uno de los hombres.

Luego la información que muestra el dolor es algo necesario, pertenece a la esencia de una información completa. Sólo informando la imaginación con un sufrimiento concreto y personal, mostrando a "otro yo" que sufre, ese dolor se hace cercano, se hace real y, por eso, se hace plenamente inteligible. "Sin repetir la vida en la imaginación no se puede estar del todo vivo; la falta de imaginación impide que las personas existan de verdad" (I. Dinesen).

Le llega el turno a la siguiente pregunta: ¿es posible una información sobre el dolor concreto? No se trata simplemente de verificar que de hecho se da una información de este tipo. Lo que se plantea en la pregunta es si ese dolor concreto e irrepetible, personal y conmovedor, no se destruye al ser tratado "en público" por los medios informativos, si no se ve "despersonalizado", convertido en un caso más, al ser elaborado – "manufacturado" –, por el informador. La respuesta requiere dar varios pasos.

Al plantearse la necesidad de este tipo de información, se vio que la cercanía con el afectado, al crear una simpatía o compasión con el que sufre lejos, era el medio más adecuado para que la información sobre el dolor fuera eficaz. Ahora bien, este tipo de

información no consistía en una simple transmisión de datos, sino más bien en establecer una conexión afectiva con el afectado, en verse afectado en el afectado: compadecerse. Es decir, consiste en establecer una comunicación directa entre el afectado y el receptor: es el afectado en cuanto persona irrepitable el que debe hacer entender al receptor lo que está pasando, el alcance real de ese sufrimiento, la autenticidad única de ese dolor. La verdad sobre el dolor, su tremenda carga de injusticia o de soledad e indefensión, sólo se comprende – "sale a la luz" – en el ámbito de una comunicación personal. El dolor es tremendo para el receptor – y éste sentirá la necesidad de hacer algo para evitarlo – porque lo ve afectando a una persona dotada de una dignidad absoluta e irrepitable, es decir, de la misma dignidad que el receptor experimenta como propia.

La verdad sobre el dolor sólo surge en la comunicación personal – al igual que todas las verdades humanas radicales –, porque sólo en esta comunicación se abre la propia intimidad, se muestra la interioridad afectiva en la que los acontecimientos adquieren valor humano. Sólo un acontecimiento "interiorizado", hecho afecto – dolor – en una intimidad concreta, adquiere toda su significación y su capacidad de involucrar al receptor. La intimidad de los acontecimientos es lo que constituye su "valor". Aquí las cosas se sustraen a la mera cantidad, aquí se tornan únicas, ricas en misterio y dignas de amor. Aquí son más que mera facticidad. La intimidad no aparece ya como una propiedad entre otras, común a innumerables seres, sino como ese algo indescriptible que distingue al ser humano singular de todos los demás, y lo erige en algo precioso, incomparable, insustituible y al que nada puede compensar. El afectado expresa y gana ante el receptor – en la información/comunicación – un ámbito interior que en cuanto tal posee infinito valor, cuya propiedad fundamental es ser incomparable, inconfundible, oponerse a toda inclusión en lo general, a toda subordinación a una categoría.

Luego la información sobre el dolor es, ante todo, comunicación personal. El informador debe "interiorizar" el suceso, personalizarlo, mostrar cómo hace sufrir al afectado. Y es este carácter personal – íntimo – de la comunicación lo que hace a ésta significativa, eficaz.

Ahora bien, toda comunicación personal se desarrolla en el ámbito privado; se trata de una relación que se establece entre dos personas a las que les une una confianza, entre dos sujetos que poseen un motivo para confiarse el uno al otro. Por eso es "privada" respecto a la mirada o al juicio de los demás, no admite intromisiones ajenas, no obedece a motivos públicos. La comunicación sólo será auténtica revelación de lo propio si ella tiene por sentido último la entrega confiada, y la recepción de la revelación ajena llevará a la auténtica comprensión sólo si ella es guiada a su vez por la entrega a lo que se le ofrece. Una revelación de la propia intimidad que no esté situada en una relación de confianza no sería más que exhibicionismo; y contemplar una exhibición de la intimidad ajena no satisface otra cosa que el morbo del receptor.

Si esto es así, retorna la pregunta: ¿es posible una comunicación personal privada a través de los medios públicos de información? ¿No será todo esto simple exhibicionismo y morbo? ¿Es posible que algo esencialmente privado sea tratado de manera pública? Para superar estas objeciones, debemos precisar la noción de revelación íntima.

Toda comunicación personal debe obedecer a un acto libre de la persona. La verdad personal e íntima – en contraposición a la verdad no asimilada, recogida sólo incidentalmente, sin dueño y anónima – es aquella que se sostiene y se transmite con libertad y responsabilidad personales. Cuando se regala tal verdad, en el fondo, se regala también la propia persona. En tal intercambio de verdades personales se alimentan recíprocamente las personas singulares como en su propia sustancia. Es propio de esta verdad el haber madurado siempre en una decisión libre, y por eso ella exige también de aquel que la entrega una decisión renovada.

Es decir, uno debe ser dueño de aquello que más radicalmente es para poder entregarlo significativamente. Por esto, arrancarle a alguien su intimidad constituye una agresión intolerable. Pero es que, además, el hecho de arrancar esa verdad hace que ésta deje de ser significativa, esta apropiación ya no quiere decir entrega: tomar una intimidad por la fuerza o la sorpresa no sirve para nada. Lo significativo no es poseer o conocer "eso" que es el contenido de la intimidad, sino la entrega libre – personal – de esa intimidad. Por esto, toda entrega de la intimidad sólo puede ser actual; aquello que esa persona me reveló, no es ya mío por el simple hecho de que se me haya entregado: esa entrega debe ser renovada una y otra vez para seguir siendo significativa. Conocer la intimidad de alguien ya no importa si ese alguien ya no me la quiere dar, si me ha retirado su confianza. Es decir, la comunicación personal es algo inseparable de la libertad personal; es un testimonio de sí que se ofrece desinteresadamente, a cuya sinceridad y libertad responde el otro con una confiada y libre aceptación.

Luego el informador no puede robarle al afectado la revelación de su propia intimidad; no puede tomar por sorpresa el reducto de la interioridad; ni puede forzar, mediante retórica y artimañas, esa revelación. Porque esto es, en cierta medida, atentar contra el pudor del sujeto, o "seducirlo" para que se exhiba. Todo hombre tiene derecho a su propia imagen, a presentarse en público con una apariencia digna. Esto resulta especialmente grave en las situaciones de sufrimiento, donde el sujeto se encuentra en un estado afectivo debilitado, en el que no domina sus reacciones, en el que está especialmente a merced del interlocutor. Una revelación arrancada sin escrúpulos hace que pierda dignidad el sujeto que así se exhibe – aparece como un individuo débil, sin pudor, que se presta a ser desnudado en público –, y por eso hace que pierda significado y eficacia la revelación así conseguida: el receptor ya no se siente tan identificado con el sujeto que sufre, porque su dolor ha perdido autenticidad. De ahí que el informador – en estos casos – aparezca muchas veces a los ojos del público como un ser sin escrúpulos.

Por otra parte, toda muestra de dolor es una revelación íntima; es más, es una de las revelaciones que más indisolublemente están conectadas con la propia intimidad. El llanto es, por eso, un gesto corporal especialmente revelador. En él, el dolor que se esconde en la persona vence el autocontrol de ésta para verterse fuera; cuando llora, la persona pierde el dominio sobre la propia apariencia y se abandona en un lamento irrefrenable. Por eso, se siente un cierto pudor ajeno ante una persona que está llorando, ya que en el llanto detectamos un estado de indefensión, un no ser dueño de la propia apariencia, un estar dominado por el sufrimiento. Ante esto, intentamos cubrir esa desnudez del llanto, y nos sentimos especialmente conmovidos ante él: lo experimentamos como algo especialmente sincero y auténtico.

Ahora bien, el llanto – si excluimos el caso de quien se desahoga ante alguien de

confianza – no tiene un destinatario preciso. No se llora a alguien (llorarle a alguien tiene un cierto carácter premeditado, esconde una intención de convencer, y por eso deja de ser espontáneo, comienza a ser interesado; en este caso se está dominando la apariencia y por eso el llanto se convierte en apariencia, en una manera de decir algo a alguien), sino que se llora por alguien o por algo. El llanto surge espontáneo por un motivo, es pura expresión de dolor, sin finalidad inmediata alguna. Sin embargo, sí tiene un destinatario implícito, aunque genérico: es una petición de ayuda ante la absoluta imposibilidad de superar el sufrimiento, es un abandonarse en los brazos del primero que pase. Por eso conmueve.

Luego, por un lado, la revelación de la propia intimidad debe ser un acto libre de la persona hecha a otra persona en un clima de confianza, que no puede ser arrancada a la fuerza o por sorpresa; y, por otro, el dolor es una revelación especialmente íntima que se le escapa al sujeto, sin destinatario específico. De estas dos apreciaciones se puede sacar una conclusión importante.

Si publicar la propia intimidad es exhibicionismo, si la comunicación personal sólo se puede realizar en el ámbito privado, por otra parte se ha demostrado la necesidad de conocer el dolor en una intimidad personal para hacerse cargo de su alcance. Luego parece que tal comunicación es tan necesaria como imposible. En el momento en el que entran los fotógrafos o las cámaras, se interrumpe la comunicación, y todo se convierte en montaje sensacionalista. Si esto fuera así, la información sobre el dolor sería un sinsentido. Pero no lo es.

La revelación del propio dolor, en cuanto tiene de desahogo irrefrenable, en cuanto no es una apariencia dominada por el sujeto que aparece, es especialmente auténtica, precisamente por lo indefenso que se presenta el sujeto doliente. Llorar es pedir ayuda o compasión al que sea, al primero que se conmueva. Ni siquiera se pretende esta ayuda o compasión, sino que sin más se expresa el dolor, y se expresa ante quien sea: el destinatario es un sujeto indefinido. Es la situación en la que el hombre se encuentra más abandonado, más entregado... a quien sea. Pero es necesario que ese "quien sea" se encuentre con esa expresión, que entienda esa comunicación espontánea de una intimidad doliente. Sin receptor concreto, la expresión – el llanto – quedaría sin sentido.

El hombre sólo comprende el dolor al verlo encarnado en un rostro concreto; sólo así ve satisfecho su deseo de conocer – no sólo teórico, sino práctico –, con un conocimiento que le lleve a sentirse significativamente comprometido con lo que sucede. Y, correlativamente, el que sufre sin aparente remedio – y por eso no le queda más que expresar su dolor a un destinatario genérico –, sólo encuentra el sentido de este llanto cuando un receptor concreto sintoniza con él. Además, cuando esta comunicación se ha consumado, el sujeto doliente descubre el sentido de su revelación: se siente representante – portavoz – de todos los que sufren con él, y con esto recobra la dignidad que aparentemente había perdido en la revelación.

Por tanto la información sobre el dolor es necesaria y posible. Pero, ¿cómo realizarla sin caer en deformaciones? La respuesta ya está dada. El informador debe poner en contacto al receptor con la expresión personal del dolor. Para esto, debe respetar con delicadeza la dignidad del que sufre, sin urgar innecesariamente en las heridas; y a la vez debe discernir y desenmascarar todo intento de exhibicionismo, fruto de un afán de

protagonismo por parte del sujeto que sufre: el verdadero dolor es pudoroso, y si se muestra es porque casi se le escapa, porque uno ya no sabe qué hacer y se abandona como un niño.

Pero también será necesario que el informador ayude al sujeto doliente a mostrar su dolor, que le dé confianza ante el "ojo público", que sepa que se le va a entender y que siempre algo se puede hacer para que al menos otros no sufran por el mismo motivo. Pero hay que tener en cuenta que esta revelación sincera es ella misma dolorosa, es reduplicativamente dolorosa; por eso se debe requerir con mucho respeto, con una "compasión informativa" que haga posible una verdadera "compasión humana". El que se desnuda así en público debe advertir un profundo respeto hacia él por parte de los que le contemplan, y debe entender el porqué de lo que está realizando. Esta revelación dolorosa de su dolor es una luz, una verdad especialmente valiosa para la vida de muchos hombres – de aquellos que entenderán la gravedad de ese dolor, y de aquellos cuyo dolor podrá ser remediado – ; pero este fruto es un fruto costoso, más comprometido y doloroso que un parto, que puede llegar a romper al que se revela: se le está exigiendo un sacrificio.

La "compasión informativa" es, pues, el único modo adecuado de hacer posible y auténtica esta comunicación del dolor, esta comunicación "en" el dolor. El tipo de preguntas, el ritmo de los diálogos, el tipo de planos, etc. deberán adecuarse a este respeto. Un ritmo demasiado intenso puede atropellar la intimidad que se revela; preguntas demasiado comprometidas hechas a destiempo pueden empujar o a un cierre o a una exhibición por parte de la persona. Un momento de llanto no puede ser explotado de cualquier manera por la cámara, que tal vez deba recurrir a un plano general. Todo esto deberá ser juzgado por la prudencia del informador, pero sólo se es prudente cuando se sabe con lo que se está tratando [\[1\]](#).

En definitiva, el informador debe desaparecer para que se cierre el circuito comunicativo entre el sujeto doliente y el sujeto receptor. El informador debe estar al servicio de esa comunicación personal; y, dada la importancia humana y la gravedad del dolor, y vistos los peligros inmediatos que se presentan y el precario equilibrio en que se desenvuelve, este servicio debe ser especialmente desinteresado, sin buscar protagonismos que no harían más que romper la magia de la comunicación: no se debe entrometer en esa sintonía que se da de un modo misteriosamente privado entre el que sufre y el receptor.

---

[\[1\]](#) Un ejemplo claro de este tipo de prudencia se puede encontrar en la entrevista titulada "Una puerta a la vida", realizada por Javier Marrodán a tres enfermas de SIDA, en Diario *de* Navarra, 29 de noviembre de 1992, p. 56-57.